

CHIARA PARENTI

EL  
lenguaje  
oculto  
DE LAS  
piedras

Las piedras nos señalan el camino a la felicidad:  
solo hay que escucharlas.

Una novela cautivadora y plena de emociones.



# EL LENGUAJE OCULTO DE LAS PIEDRAS

*Chiara Parenti*

Traducción de Natalia Fernández

Título original: *La voce nascosta delle pietre*

Traducción: Natalia Fernández

1.ª edición: mayo de 2017

© 2016, Garzanti s.r.l., Milano

© Ediciones B, S. A., 2017

Consejo de Ciento 425-427, 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-718-4

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

## Contenido

### Prólogo

#### PRIMERA PARTE: ECLIPSE

1. Calcedonia
2. Zircón
3. Jade
4. Ágata
5. Hematite
6. Cacoxenita
7. Aguamarina
8. Granate
9. Perla
10. Magnetita
11. Crisoberilo
12. Turquesa
13. Celestina
14. Calcopirita
15. Howlita
16. Andalucita
17. Calcita
18. Piedra de luna
19. Angelita
20. Rubí
21. Berilo
22. Labradorita
23. Cuarzo ametrino
24. Amatista

25. Turmalina
26. Ópalo
27. Piedra del sol
28. Coral
29. Alejandrita
30. Kunzita
31. Larimar
32. Esmeralda

#### SEGUNDA PARTE: LUNA NUEVA

33. Diásporo
34. Aventurina
35. Epidota
36. Apofilita
37. Cuarzo rutilado
38. Rodocrosita
39. Sodalita
40. Peridoto
41. Azurita
42. Rodonita
43. Obsidiana
44. Zafiro
45. Corniola
46. Dioptasa
47. Topacio
48. Cuarzo ahumado
49. Ojo de halcón
50. Quiastolita
51. Crisocola
52. Ágata musgosa
53. Blenda
54. Cuarzo rosa
55. Ámbar
56. Amazonita
57. Diamante

Epílogo  
Del cuaderno del abuelo Pietro

*A Diego, que ha escrito esta historia conmigo*

¿La felicidad? —dijo la hermosa ave, y rio con su pico dorado—. La felicidad, amigo, está en todas partes, en los montes y en los valles, en las flores y en los cristales.

HERMANN HESSE



## Prólogo

Decidir quién sería el que durmiese en la cama del lado de la ventana era un asunto de suma importancia, y tanto Leo como yo estábamos decididos a hacer valer nuestros derechos.

Por eso levanté la cabeza con brusquedad cuando por fin dejó de asfixiarme con la almohada. ¿Que se preocupaba de si yo continuaba respirando? ¡No era propio de él!

Me tiró de la manga del pijama.

—¡Luna, mira!

Intrigada, desvié los ojos hacia donde me guiaban los suyos, y me encontré con el abuelo Pietro.

Estaba de pie contra la ventana y su perfil se alzaba oscuro y poderoso a la luz de la luna. Un gigante bueno, sus hombros anchos y fuertes habrían podido sostener fácilmente el mundo entero.

Nos quedamos observándolo unos segundos, hasta que cedí.

—¿Qué miras, abuelo?

Me respondió sin siquiera volverse, como si aquello que estaba observando fuera a desaparecer si él apartaba la vista.

—Miro la luna.

Leo se levantó de la cama y fue a su lado con el rostro atento en el cielo.

—¿Por qué?

Él suspiró.

—Porque es la única piedra que hace brillar mi cielo.

No entendí lo que quería decir con aquella respuesta extraña. Leo, sin embargo, lo miró en silencio y asintió con convicción. Luego volvió con paso resuelto a la cama, como tras una larga conversación de hombre a hombre.

—¿Qué quería decir?

Se encogió de hombros.

—No tengo ni idea...

Alcé los ojos al cielo, resoplando, y volví a mirar al abuelo. Si no lo conociera tan bien, habría podido pensar que estaba a punto de llorar. Pero, ya se sabe, los gigantes nunca lloran y el abuelo era el rey.

Había cabalgado a lomos de elefantes cuando estuvo en Birmania persiguiendo rubíes, había surcado las aguas del río Abaetezinho a la búsqueda del mítico diamante rojo; en Sudáfrica se vio, incluso, arrastrado en la vorágine oscura de la mina de oro más profunda del mundo. Un explorador sin miedo, un aventurero indómito. Nada lo atemorizaba.

—¿Estás enfadado con nosotros? —le pregunté, titubeante, volviendo a pensar en el pequeño incidente con su microscopio para gemas que Leo y yo habíamos tenido aquella tarde.

Suspiró de nuevo, antes de venir hacia nosotros con paso pesado.

—Nunca me podría enfadar con vosotros dos —nos aseguró con una sonrisa melancólica—. Sois mi tesoro máspreciado. Mis diamantes.

Nos abrazó con tanta fuerza que me temí que estuviera mintiendo y que lo que buscara fuera asfixiarnos contra su camisa de lino.

Luego nos besó en la frente y se alejó, conminándonos a dormir o llamaría a mamá.

Después de un rato, mirando al cielo estrellado más allá de la ventana, volví a pensar en las palabras del abuelo.

—Ha dicho que somos sus diamantes... ¿Qué crees que ha querido decir? —pregunté, dudosa.

Leo se volvió sobre su costado para mirarme, sus ojos oscuros brillaban a la luz de la luna.

—Mmm... ¿El diamante no es la piedra que los adultos se regalan cuando se prometen? —preguntó frunciendo el ceño.

Asentí.

Se encogió de hombros.

—Entonces, tal vez quería decir que vamos a estar juntos para siempre...

—¡Qué asco! —exclamé horrorizada.

También él se dio cuenta del despropósito que acababa de enunciar y su cara se contrajo en una mueca de disgusto.

—Ya. ¡Qué mierda!

—¡Te apestan los pies! —le señalé.

—¡Y tú roncas! —me echó en cara.

Crucé los brazos a la altura del pecho, con rabia.

—¡No es verdad!

Su cara era un poema.

—No, en serio... ¡No quiero estar contigo para siempre!

—¡Ah, vale! ¡Yo tampoco! —respondí, indignada.

Nos quedamos en silencio unos minutos, presagiando la terrible desgracia de esa eventualidad. Búsqueda de tesoros emocionantes, lucha a muerte y risas ruidosas: en el fondo, después de todo, no habría estado tan mal...

Al final, fue él quien cedió.

—Está bien, a lo mejor podría quedarme un poco... —murmuró, abriéndose a esa posibilidad.

—¿Un poco como cuánto? —pregunté, vacilante.

Se tomó un tiempo para reflexionar.

—Mmm... Bastante.

Me pareció un plazo aceptable.

—Ok, entonces estaremos juntos bastante.

—¿Lo prometes? —me preguntó, elevando el meñique.

Hice un gesto afirmativo con la cabeza y entrelacé el mío con el suyo.

—Lo prometo.

Al otro lado de la ventana la luna llena selló esa pequeña promesa con su luz de plata.

PRIMERA PARTE  
ECLIPSE

## 1

## Calcedonia

*Piedra de la comunicación; gracias a su energía agradable y calmante permite la apertura de uno mismo y elimina el miedo a expresar los propios pensamientos o sentimientos. Favorece la elocuencia, la escucha y la comprensión de uno mismo y de los demás. Mantenido en la mano durante una conversación, ayuda a expresarse de manera pacífica eliminando la ira.*

Nunca he terminado de comprender cómo la lluvia en Milán consigue caer al mismo tiempo en vertical y en horizontal, desafiando las leyes físicas.

Con vergonzante retraso entro en la tienda, empapada como si acabara de salir de la ducha y hubiese olvidado secarme.

Desde que el abuelo ha trasladado la actividad familiar al centro, hace casi un año, llegar puntual al trabajo por la mañana se convierte en una odisea, especialmente si quien me acompaña es Giulio.

Como un empleado impecable de la oficina de tráfico, mi novio guarda un reverencial respeto por el sagrado código de circulación y los correspondientes límites de velocidad, tanto que ir en coche con él es como viajar en papamóvil.

El Corazón de Jade me acoge con su calor perfumado de incienso, las gemas dispuestas en las repisas de cristal de la vitrina capturan la luz e inundan la estancia de suaves resplandores coloreados.

—Aquí estoy, perdona la tardanza —digo, desenrollándome la bufanda.

El abuelo levanta la cabeza canosa, un movimiento bur-lón atraviesa los ojos de zafiro.

—Oh, no te preocupes, cariño. Mamá me dijo que te acompañaba Giulio. No te esperaba antes de mañana por la tarde.

Alzo los ojos al cielo; no lo soporto cuando esparce su discutible sentido del humor cebándose en mi novio; o sea, casi siempre.

Lo ignoro.

—¡Eh, hola! ¿Cómo estás? —digo en cambio a Britta, sentada a la mesa frente a él. Brigitta Engström es la mejor cliente que tenemos: con todas las piedras que nos ha comprado en los últimos años podría pavimentar el Camino de Santiago.

—¡Hola, Luna! —Cuando me ve, su rostro parece iluminarse desde dentro—. Todo bien, gracias. Aunque iría mejor si no tuviera que afrontar el juicio más importante de mi vida dentro de una hora...

Alta y rubia, con su físico estatuario, Britta podría ser modelo si no fuera una de las abogadas más brillantes de la ciudad, digna heredera de su padre, magistrado de renombre, y de su abuelo, ilustre notario de Estocolmo.

—¡Irá muy bien, ya lo verás! —le infundo ánimo, y lo digo en serio. Con ni siquiera cuarenta años, está a punto de convertirse en socia del bufete para el que trabaja desde hace poco tiempo.

Me sonrío nerviosa.

—Por eso estoy aquí. Esperaba que Pietro pudiera hacer uno de sus habituales trucos de magia —dice, volviéndose hacia el abuelo.

—No soy yo el que hace magia, querida mía. —Le sonrío él, de espaldas—. Son las piedras las que tienen poderes extraordinarios.

—Ya —asiente ella con un suspiro de sincera admiración.